

SOR ROSALÍA (Juana María) RENDÚ

Hija de la Caridad – Virgen
(1786 - 1856)

Fiesta el día 07 de Febrero



En 1786 el matrimonio formado por Juan Antonio Rendú, labrador de la aldea de Confort en el cantón de Ain (Francia), y María Ana Laracine ven nacer su primer hijo. Era el día siguiente a la fiesta de la Natividad de la Virgen María. El hijo, una niña, bautizada el mismo día de su nacimiento, el 9 de septiembre de 1786 recibió el nombre de Juana María. Después le siguieron: María Claudina (1788), Antonieta (1793) y Juana Francisca (1796) aunque esta última murió a los dos meses de nacer. El derecho de primogenitura para Juana María, consistirá en ayudar a su madre en sus obligaciones y tareas del hogar así como en el cuidado de sus hermanas.

La señora Rendú gozaba fama de mujer prudente y de una piedad ejemplar, modelo en la parroquia, daba abundantes limosnas a los necesitados y cuando se presentaba la ocasión, enseñaba el catecismo a los ignorantes; acudía espontáneamente al lado de los moribundos para consolarles, exhortarles y ayudarles a bien morir y estuvo a punto en varias ocasiones de verse peligrosamente comprometida y expuesta a las represalias de los perseguidores de la fe en aquella Francia, en donde *¡ya no estaba permitido ser cristiano!*

Durante aquellos tremendos años de revolución, contribuyó a mantener la fe en el país. Su casona, servía de refugio a los sacerdotes a pesar de que los que los acogían estaban sujetos a las más graves sanciones, incluso a la muerte: El abate Colliex, tenía allí una habitación provisional, de ella, salía a atender a los feligreses que necesitaban su presencia y el obispo de Annecy, más conocido y obligado a mayor vigilancia, se ocultaba habitualmente en la casa y por la noche, furtivamente, celebraba la santa misa.

Aprovechando la calma que había seguido a la tempestad revolucionaria, las ursulinas reabrieron su pensionado en Gex y la señora Rendú decidió confiarle la educación de su hija. Marcho, con sus diez años, la pequeña Juana María y los dos años que allí pasó la prepararon sólidamente para la vida. Muy cerca del pensionado se encontraba el hospital y en una visita de su madre tuvo que acompañarla a visitar a un familiar. Allí se tropezó con el sufrimiento y el dolor en toda su expresión y vio con que generosidad, abnegación y sencillez las Hijas de la Caridad atendían poniendo un aire de belleza que iluminaba los sombríos rostros de los pobres enfermos. Aquel espectáculo la impresionó. De vuelta a casa, un buen día indicó a su madre el deseo de ir a pasar en Gex unos días en el hospital, para aprender a curar a los enfermos. Y con la bendición de su madre partió hacia el hospital en compañía de una amiga, la señorita Jacquinot, que la acompañó en el viaje.

Juana María volvió a Confort plenamente decidida a seguir la llamada divina y reanudó la vida familiar, aguardando la llegada de la hora oportuna. La vida caminaba a prisa. Su amiga, vino a anunciarle su marcha a Paría con las Hijas de la Caridad. *¿Te marchas tú? ¡Me voy contigo! -¿Pero que dirá tu madre? -De eso me encargo yo.* Y acudió a los pies de su madre: *-Madre, la señorita Jacquinet se va a París. Me voy con ella -¿A qué va? -Va a entrar en el noviciado de las Hijas de la Caridad. Y yo quiero entrar con ella.* Pero las cosas hay que pensarlas un poco y tras vencer las lógicas reservas obtuvo el consentimiento de su familia, una tarde, la diligencia se detuvo ante el portal de la casa familiar para recoger a Juana María y a su compañera, la señorita Jacquinet para llevarlas a París, destino: la casa madre en la calle Vieux-Colombiere, a la sombra de san Sulpicio donde llegaron el 25 de mayo de 1802

La frágil salud de Juana María le juega una mala pasada y consultado el medico, se le prescribió un cambio de aires por lo que fue enviada a una casa del barrio de Mouffetard. Al llegar allí fue cuando tomó el nombre de sor Rosalía. Este barrio era muy pobre, ofrecía un laberinto de callejuelas, poblado por tenderetes y barracas y un amasijo de trapos, cartones y cachivaches. Le encargaron de la escuela para niños más viendo que entre las familias del barrio, privadas durante casi diez años de toda ayuda religiosa, había gran número de personas que no habían hecho todavía su primera comunión, se convirtió en catequista y por la tarde, al terminar las clase, reunía en casa a las mujeres y muchachas del barrio y en aquellas clases vespertinas se convirtió en apóstol de aquellas mujeres.

En esta casa, permaneció 53 años, hasta su muerte. Dedicada a las obras que realizaba la Comunidad y a fundar algunas nuevas. De manera especial se dedicó a la visita de los pobres a domicilio y convirtió la casa de las Hermanas en refugio de los pobres del barrio. Sor Rosalía fue también guía de muchos, con frecuencia nobles, y sobre todos jóvenes universitarios en el ejercicio de la caridad. Entre estos jóvenes se encontraban el Beato Federico Ozanan y el Venerable León Le Prevost, quienes con su ayuda y consejos comenzaron las “**Conferencias de San Vicente de Paúl**” cuyos miembros más influyentes acudían regularmente a buscar inspiración e iluminación espiritual al lado de sor Rosalía.

El día 7 de febrero de 1856, a las 11 de la mañana, entregó su alma a Dios, a los setenta años de edad, habiendo pasado los últimos años de su vida en el sufrimiento y la ceguera. Su humilde tumba tiene esta inscripción: “**A Sor Rosalía, sus amigos agradecidos, los pobres y los ricos**”. Fue beatificada el 9 de noviembre de 2003, por el Papa Juan Pablo II.